

tal como estaba el día de su muerte, ¡es un templo en donde eternizamos y adoramos su recuerdo!

—¡Recuerdo de santa y de mártir, hija mía! Hace un momento me hablabas de un francés, y me preguntabas de qué proviene el odio que les tengo; pues bien: hoy, día de tristeza y de llanto, voy á decirte cómo nos ha sido arrebatada Margarita, y por qué dolorosa vía se ha remontado al cielo ese ángel que Dios y tu madre me habían dado.

—¡Oh padre mío!—exclamó Lieschen.—¿Qué terrible aventura acaeció á mi hermana, cuando tres años después de su muerte, me habláis de ella con esta palidez y esta emoción?

—Yo quería, amada hija, reservar eternamente á tu inocencia lo que le acaeció; pero ese francés á quien has socorrido, ese regreso prometido y esperado tal vez, me imponen el deber de no ocultarte nada... Si ese francés vuelve, te diré: «¡Acuérdate!»; y si no vuelve, te diré: «¡Olvida!»

—¡Oh! ¡Hablad, hablad, padre mío!

El pastor dejó caer un instante la cabeza entre las manos, como si interrogara el pasado, y empezó, ahogando un suspiro:

XXI

Ojeada retrospectiva

—Debemos remontarnos á siete años atrás, mi querida Lieschen,—dijo el anciano.—Tú eras entonces una tierna niña ocupada todavía en jugar á muñecas, cuando supimos á un tiempo que se aproximaban los franceses por la parte de Ratisbona y los austriacos por el lado de Munich.

—¡Oh! ¡Me acuerdo perfectamente, padre mío! Estoy viendo aún en la meseta de Abensberg, mirando hacia las ruinas del viejo castillo, la casita blanca con una parra que sombreaba la puerta y algunos manzanos en el fondo del jardín.

—Entonces ¿te acuerdas del día en que entraron los austriacos?

—¡Ya lo creo! Yo estaba en el salón, al lado de mi hermana Margarita y de nuestro amigo Staps, cuando oímos el rumor lejano de los tambores; al mismo tiempo, pasaron

algunos estudiantes cantando en coro un paso doble militar. Staps, que estaba sentado al lado de mi hermana, se levantó y, acercándose á la ventana, hizo una seña á los cantores... Padre, ¿qué se ha hecho de nuestro amigo Staps?

—Fué fusilado, hija mía.

—¿Fusilado?—exclamó la joven palideciendo.

—Sí, fusilado.

—¿En dónde?

—En Viena.

—Y ¿por qué lo fusilaron?

—Por haber atentado contra la vida de Napoleón.

—¡Oh!—prorrumpió la joven, ocultando la cara entre las manos.—¡Pobre Staps!... ¡Pero él también cometió un gran crimen, padre mío! Y ¿por qué quiso asesinar al emperador?

—Porque, á sus ojos, era el opresor de Alemania, hija mía. Staps pertenecía á una sociedad secreta en la que se hacía, al entrar, abnegación de su voluntad.

—¿Entonces, fué él, sin duda, el que disparó un tiro contra el emperador, que fué causa del saqueo é incendio de Abensberg?

—Yo no le acuso, hija mía, aun cuando todas nuestras desgracias datan de entonces.

—Sí; vos fuisteis herido; os recogieron de entre los muertos; y desde aquel día al día en que murió, Margarita no dejó de llorar... ¿Qué es lo que acaeció? Cada vez que he intentado hablaros de aquel acontecimiento, me habéis contestado: «Más tarde, hija mía, más tarde.»

—Pues bien: he aquí lo que acaeció. Tal vez Napoleón no dió gran importancia á aquella bala que atravesó su sombrero; pero el general Berthier vió en ella un crimen del que precisaba vengarse y dió orden á un regimiento de volver á Abensberg y dar cuenta del culpable, haciendo responsable, si era necesario, á todo el pueblo, del crimen de un solo hombre. El regimiento regresó, en efecto, para ejecutar la orden del general; pero los austriacos habían tomado ya el pueblo, que los franceses acababan de abandonar. A cuanto parece, era un punto muy importante para el éxito de la jornada; los franceses se obstinaron en reconquistarlo y los austriacos en conservarlo. ¡Fué un día terrible! Nuestra casa, sobre todo, había sido fortificada como una fortaleza, y yo estaba allí, entre aquellos soldados sedientos de sangre, que cumplían su deber defen-

diendo á su país; yo sólo, hombre de paz, que creo que los pueblos son hermanos y no tienen más que una patria, movía la cabeza, y oraba igualmente por amigos y enemigos, por austriacos y franceses. ¡No me comprendieron, los pobres ciegos! Creyeron que, puesto que no estaba por ellos, estaba contra ellos; y entonces me pusieron un fusil en la mano y me obligaron á hacer fuego.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró Lieschen.—¿Y todo esto ocurría por encima de nuestras cabezas?

—Sí, hija mía; pero, al ruido de la fusilería, mientras las balas silbaban á mis oídos, yo decía: «Señor, Vos que sois grande, Vos que sois todopoderoso, Vos que sois misericordioso, ¡haced que un día esos hombres que se dan la muerte se den el beso de la fraternidad!... ¡haced que Vos, á quien llaman el Dios de la guerra, seáis llamado un día, de un extremo á otro de la tierra, el Dios de la paz!» De pronto, á mitad de mi plegaria, vacilé; me faltó la voz, se cerraron mis ojos, y caí bañado en mi sangre: una bala acababa de atravesarme el pecho.

—¡Padre mío!—exclamó Lieschen, echando los brazos al cuello del anciano, y con acento tan desgarrador como si le hubiesen herido en aquel mismo instante.

—La última cosa que vi al caer, fué á tu hermana, que había abandonado su escondrijo, y se precipitaba á mis pies llena de terror... ¡Oh! Lo que yo sufrí durante aquel minuto que separa la vida del desvanecimiento, el día de la noche, ¡es incalculable! Me parecía que era la muerte misma que acababa de sorprenderme... Tendí las manos á mi hija, que divisaba todavía á través de un velo de sangre; intenté balbucear su nombre, tocarla, bendecirla; pero me faltaron las fuerzas: todo desapareció y me desmayé.

—¡Oh! ¡Pobre padre mío!—murmuró Lieschen.

—Ignoro el tiempo que permanecí desvanecido; lo que sé, pobre hija mía, es que al abrir los ojos á la pura luz del cielo, era más digno de lástima que cuando había creído cerrarlos para siempre; ¡me dió más pena resignarme á vivir que la que hubiera tenido decidiéndome á morir!... ¡Oh! ¡Era realmente la guerra, la guerra con todos sus horrores! ¡La guerra seguida por su cortejo de crímenes! Me hallaron tendido entre los muertos, con un fusil en la mano, y me respetaron porque me creyeron muerto. La casita blanca quedaba reducida á un montón de cenizas y restos humeantes; ¡el pueblo era una extensa ruina! Ha-

bía sangre por todas partes, en los surcos de los campos, en el arroyo de la calle, ¡y hasta en el tabernáculo del Señor! ¡Allí fué donde encontré á tu hermana, pálida, extraviada, moribunda y más desdichada, mi pobre hija, que si la hubieran muerto!

—¡Padre mío, padre mío!—exclamó Lieschen, rompiendo á llorar.

—Después de todo,—prosiguió el pastor, con acento de amarga tristeza,—después de todo dicen que fué una hermosa batalla, y que hizo honor tanto á los que atacaron como á los que se resistieron... Yo dejé que mi herida se curase por sí misma; pero no ocurrió lo mismo con tu hermana: cuidados, cariño, afección, nada pudieron sobre ella; en vano fué dejar la Baviera por la Westfalia, luego la Westfalia por el gran ducado de Baden, trocar mi nombre de Stiller por el de Waldeck: nada pudo devolverla á la vida, y como yo, tú la viste palidecer, doblarse, perder cada día un soplo, un aliento, una sonrisa, hasta que, al fin, ¡el 16 de octubre de 1812, murió perdonando!

—¡Pobre hermana!—murmuró Lieschen.

—¿No comprendes ahora por qué Gretchen, la prometida de Staps, no quiso casarse con el estudiante de Heidelberg, ni con el hijo del banquero de Francfort, ni con el conde Rodolfo de Offenburgo? ¡Porque había sido deshonrada por el capitán Richard!

—¡Ah!—exclamó Lieschen, exhalando un grito de dolor.

—¿Qué?—preguntó el anciano.

—¿Por el capitán Richard?—repitió la joven.

—¡Sí! ¡Por el capitán Richard! Es el nombre del miserable que nos hizo vestir de luto, á ti por un año, hija mía, pues á tu edad el duelo es efímero, pero á mí ¡por toda la vida!

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío!—murmuró Lieschen, abrumada por el peso del nombre que acababa de oír.

—Así es que yo,—prosiguió el pastor,—yo, símbolo de paz; yo, humilde siervo del Señor; yo, consagrado para perdonar y bendecir, sólo pido á Dios una cosa: ¡y es que su cólera no haga cruzar á ese hombre por mi camino, porque podría equivocarme y creerlo justicia suya!

—¡Padre, por piedad!

Y abajó los brazos de su padre, que había levantado al cielo para pedir venganza.

—Sí, tienes razón, hija mía,—dijo el pastor;—no pen-

semos más en ello, ó al menos no pensemos con el corazón iracundo, con alma rebosando odio... ¿Está pronta la cena? Pues bien: sentémonos á la mesa; en esta mesa, donde ha quedado un lugar vacío entre tú y yo: el de la pobre Margarita...

Y el anciano se sentó; pero en lugar de comer, dejó caer la cabeza entre sus manos.

Lieschen, apoyada en el respaldo de la silla situada enfrente de su padre, le miraba con profunda tristeza, cuando resonó un tiro á poca distancia; casi al mismo tiempo oyéronse pasos apresurados, y luego la puerta del patio que se abría con violencia.

Lieschen dió un grito.

El pastor se volvió y se halló cara á cara con el joven que hemos visto, hace pocos instantes, despedirse de la niña.

—¡Es él, padre mío!—murmuró Lieschen.

—Entrad,—dijo el viejo.

—Estoy perseguido, señor pastor. ¿Queréis salvarme por segunda vez?—preguntó el fugitivo.

—Entrad pronto, y sentaos á la mesa conmigo... Lieschen, un cubierto, ¡en seguida!... ¿Habláis alemán, caballero?

—Sí,—respondió el joven.

—Pues bien: sois huésped nuestro. ¡Calma y sangre fría! Tal vez haya medio de salvaros.

El joven se sentó á la mesa del pastor, en aquel sitio que minutos antes el padre echaba de menos á su hija Margarita.

Lieschen puso rápidamente un cubierto ante él, y se sentó murmurando:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Es vuestra cólera ó vuestra misericordia la que le conduce á este sitio?

Al mismo tiempo, un hombre vestido con el uniforme de sargento de gendarmes, apoyó los codos en el antepecho de la ventana, que había quedado abierta, y, mientras la mitad de su cuerpo permanecía fuera, su semblante socarrón penetró en la sala, midiendo con la mirada la mesita y los tres comensales.

—¡Oh!—dijo en voz baja Lieschen.—¡El sargento Schlick! ¡Estamos perdidos!

Pero, por el contrario, el sargento, que causaba tan grande espanto á la pobre Lieschen, no parecía animado

de ninguna intención hostil; quitóse cortésmente el sombrero y, dirigiéndose al pastor:

—¡Buen apetito, señor Waldeck, con la compañía!— dijo.

Richard lanzó una rápida ojeada al gendarme, y le pareció recordar que había visto aquel rostro.

En cuanto al pastor, se volvió, imprimiendo á su fisonomía una calma que estaba muy lejos de su corazón.

—¿Quién es?—preguntó.

—No os incomodéis, señor pastor; soy yo, el sargento Schlick, para servirlos.

El nombre del gendarme, lo mismo que el semblante, no eran desconocidos al capitán; sin embargo, no acertaba á recordar dónde había visto el uno y oído el otro. Por su parte, el sargento Schlick miraba al capitán con una fijeza que probaba que su memoria era, por lo menos, tan buena como la del oficial francés, si no era mejor.

Pasados algunos segundos de examen, el gendarme hizo un ademán con la cabeza, como indicando que todas sus dudas, si las había tenido, quedaban desvanecidas.

—El burgomaestre me ha recomendado,—dijo,—que guardase con vos las mayores consideraciones, señor pastor; ya veis que lo hago así... ¿Puedo entrar?

El pastor miró al capitán con aire que significaba: «¡Aplomo, ó estáis perdido!»

Luego, al brigadier:

—Sin duda,—dijo,—podéis entrar; no hay ningún impedimento.

Y añadió:

—Levántate, Lieschen, y alumbrá al señor Schlick.

Lieschen se levantó y, tomando el velón con mano temblorosa, se dispuso á alumbrar al sargento; pero en el mismo instante éste atravesó la ventana á horcajadas, diciendo á la niña:

—¡Oh! ¡No os mováis, mi buena señorita! ¡Las ventanas son nuestras puertas.

Lieschen se volvió al francés, quien estaba tranquilo y parecía un actor perfectamente extraño á la escena que se desarrollaba y á la que se estaba preparando.

—¡Bienvenido seáis, señor Schlick!—dijo el pastor con voz bastante segura.

Lieschen estaba tan pálida que dió lástima al gendarme.

—Señorita,—dijo,—estáis muy pálida, y como vuestra

palidez puede naturalmente atribuirse á mi inesperada aparición, quiero probaros inmediatamente que no soy tan malo como parezco.

Y mientras decía esto no perdía de vista al francés, quien, por su parte, de buen talante, apoyó el codo sobre la mesa, la barba en la mano y miró al gendarme con ojos, si no tan curiosos, por lo menos tan tranquilos como los que le miraban.

—¡Oh! Sargento,—respondió el pastor, desechando el argumento de Schlick acerca su aparente malignidad:— ¡muy al contrario! Y os he tenido siempre por una excelente persona.

Lieschen hizo un esfuerzo por sonreír.

—Señor Schlick,—dijo la muchacha,—os he oído con frecuencia disputar con mi padre.

—¡Disputar, señorita!—exclamó Schlick.—¿Disputar con un santo tan sabio como el señor Waldeck? ¡No creo haber cometido jamás semejante impertinencia!

—¡Oh! Sí, señor Schlick,—insistió Lieschen;—y os diré además á propósito de qué, si lo deseáis.

—¡Vaya si lo deseo! Decid, señorita.

—A propósito de los franceses, señor Schlick.

—¡Ah! ¡En este caso es posible! En tratando de franceses, soy intratable: adoro á los franceses, tanto como los detesta el señor Waldeck. ¿Miento acaso, señor Waldeck?

—No; decís la pura verdad, señor Schlick.

—¡Oh!—prosiguió el gendarme.—¡Han debido haceros alguna atroz afrenta los franceses, durante las últimas guerras de Alemania! Por otra parte, ¿no estabais entonces en Westfalia ó en Baviera? Y en ambos países, sobre todo en Baviera, ¡la cosa ardía! Lo puedo decir con conocimiento, porque yo estaba.

—¿Estabais allí?—preguntó el pastor con cierto interés.

—¡Oh! Sí, Dios me valga... Y hasta mi presencia en el ejército de S. M. el emperador y rey dió lugar á muchos comentarios que es necesario combatir... ¿No los oísteis alguna vez, señor Waldeck?

—No, jamás...

—Pues bien: dicen —las malas lenguas, por supuesto,— dicen que me aprovechaba de mi habilidad no sólo en hablar francés y alemán —lo que no tiene nada de extraño viviendo en un país fronterizo—, sino también los diferentes dialectos de los demás países, como el tirolés, el lituano y el húngaro, para viajar de un lado á otro y

dar cuenta al emperador Napoleón de lo que había visto. Añádese que existía un contrato entre el príncipe de Neuchâtel y yo, y que, según la importancia de mis noticias, me daba una suma más ó menos fuerte.

—¡Oh!—dijo ingenuamente Lieschen.—Si esto fuese así, equivaldría á llamarse espía.

—¡Precisamente, señorita! Y esto es lo que dicen las malas lenguas; pero yo sostengo que viajaba por curiosidad, que contaba lo que veía por indiscreción, y que el emperador, que se divertía con mi charla, me daba dinero por generosidad.

—¡Ah!—exclamó el pastor.

—Y como que el emperador Napoleón era muy generoso,—prosiguió el sargento,—recuerdo que un día realicé, con un joven oficial de cazadores de la guardia que me dieron por compañero, una diligencia muy peligrosa, ¡por vida mía!... ¿Queréis que os la explique, señor pastor?

—Ciertamente, señor Schlick; poco me gustan las historias del emperador Napoleón; pero las vuestras ¡son tan divertidas!

—Sin embargo,—observó Schlick, designando al capitán,—si el señor no hablase el alemán...

—¿Qué haríais?—preguntó Lieschen.

—La podría explicar en francés.

—No os incomodéis por mí, señor sargento,—dijo en excelente alemán el capitán, que aun no había abierto boca;—ya veis que soy digno de oiros.

—¡Oh! Entonces, puesto que nos hallamos entre compatriotas,—dijo Schlick,—prosigo. Pues bien, señor Waldeck: tratábase, nada menos, de que el oficial de cazadores y yo penetráramos en las ruinas de un viejo castillo, donde se celebraban las reuniones de los modernos jueces francos...

—¿En Abensberg?—preguntó el pastor.

—¡Toma, precisamente! ¿Conocéis Abensberg, señor Waldeck?

—He vivido allí por algún tiempo,—respondió con indiferencia el pastor.

—Pues bien: tratábase de penetrar en las ruinas del antiguo castillo de Abensberg, y afiliarnos á la sociedad, para enterarnos de las intenciones de sus miembros. Nos afiliamos, pues, el oficial de cazadores y yo —ó mejor, yo ya estaba afiliado—, y pudimos contar, al día siguiente, una historia tan interesante al príncipe de Neuchâtel, que,

en nombre del emperador, á quien divirtió mucho la historia, según parece, el general en jefe me dió cien napoleones.

—¡Hermosa suma, señor Schlick!—dijo el pastor.—Debéis ser rico, si pudisteis contar, durante vuestra vida, algunas historias tan interesantes como aquélla.

—No se puede ser rico, señor pastor, cuando se tiene mujer y una hija á la que hay que formar una dote.

—Comprendo, y esto os ha hecho prescindir de escrúpulos de nacionalidad.

—¿Qué escrúpulos, señor pastor?

—Al fin sois alemán, y sirviendo al emperador...

—¡Alemán!... ¿Estáis muy seguro, señor pastor?

—¡Diantre!

—Yo soy badense.

—¿Pues?...

—Pues ¿acaso el gran ducado de Baden sabe él mismo con certidumbre lo que es, señor Waldeck? Yo no he de ser más terco que él, ¡soy badense! Así es que empecé, como el gran ducado de Baden, por ser alemán; luego, cuando el gran ducado de Baden se hizo francés ó poco menos, yo fui como el gran ducado de Baden. Pero ahora todo se vuelve confusión en Europa, y el congreso nos zurce la confederación del Rhin bajo un nuevo patrón; de manera que el gran ducado de Baden, por más que está regido por una princesa francesa, vuelve á ser un pedazo de Alemania; y como soy un pedazo del gran ducado, es claro, ¡vuelvo á ser alemán!

—¿De modo que, señor Schlick...?—preguntó el pastor, mirando fijamente al gendarme, para adivinar á dónde pararía.

—De modo que, señor Waldeck, no sabiendo con seguridad lo que soy, he tomado el partido, para orientarme, de entrar en la gendarmería, con lo que no soy alemán ni francés: soy gendarme, para serviros, como dicen mis amigos los franceses.

—¿Y la conclusión, señor Schlick?

—¿La conclusión?... ¡Ah! ¿Queréis saber la conclusión?

Y lanzó una rápida ojeada al comensal del pastor, para ver si era de la misma opinión que su huésped; el capitán permaneció impassible.

—¡Dios mío!—murmuró la joven, que comprendía que la situación se acercaba al desenlace.

—¡La conclusión es ésta!—prosiguió Schlick.—Aquí me tenéis hecho un gendarme, de las espuelas al tricornio; además, sargento hasta la médula, y, en esta calidad, encargado de perseguir y detener á un francés fugitivo, ex soldado del *otro*, que conspiró á favor de *ése*, y que, para evitar las consecuencias de una condena á muerte, ha tomado el portante, refugiándose en el gran ducado de Baden.

—¿Cómo llamáis á ese francés?—preguntó el pastor.

—¡Oh!—exclamó para sí la joven, temiendo el golpe que iba á dar á su padre el nombre pronunciado por el gendarme.

—¡Por vida mía!—dijo Schlick.—Hasta el presente se han olvidado de decirme el nombre, contentándose con las señas.

Luego, mirando al capitán:

—Y las señas,—prosiguió,—son éstas: «Ojos azules, pelo rubio, tez pálida, boca mediana, dientes blancos, estatura cinco pies y cuatro pulgadas, edad veintiocho ó treinta años».

El pastor, á pesar del temor que le embargaba, tal vez á causa de ese mismo temor, miró rápidamente á su huésped. Lieschen no tenía necesidad de mirarle para saber si las señas correspondían en sus menores detalles. El pastor, sin embargo, viendo que hasta entonces no había nada absolutamente hostil ni en la mirada ni en el acento del brigadier, se animó y, mientras hacía seña al joven de que no se denunciara:

—Pero todo esto, señor Schlick,—dijo,—no nos explica...

—El objeto de mi visita, ¿no es cierto, señor pastor? Ahora os lo diré; estad tranquilo. Imaginaos que hace tres días vigilamos al muchacho, sin poderle echar la mano encima, aunque sabemos positivamente que vaga por los alrededores; pero esta noche, uno de mis hombres ha visto á un ciudadano que se deslizaba suavemente á lo largo de un vallado; le ha parecido reconocer al individuo y le ha atajado el camino con su carabina; el otro se ha echado atrás; mi gendarme se ha puesto en su persecución, é iba á cogerle, cuando, al llegar á la pared de vuestro jardín, el mozo, que parece ducho en gimnástica, ha saltado sobre un guardarruedas, del guardarruedas al muro y del muro á vuestro jardín. Entonces, mi hombre le ha disparado un tiro, menos con la esperanza de acertarlo que con la de

avisarnos que algo nuevo ocurría. En efecto: hemos acudido al teatro del suceso y hemos encontrado al gendarme que volvía á cargar su carabina, quien nos ha contado lo que acabo de decir, y venimos á preguntaros, señor pastor, si por casualidad habéis visto al francés que perseguimos.

—¿Yo?—profririó el pastor.

—Y si lo ocultáis en vuestra casa.

—¿Cómo podéis suponer, mi querido Schlick, que con el odio que tengo á la gente de su nación...?

—¡Vaya!—exclamó el brigadier.—Es lo que he dicho á mis camaradas.

—¡Oh! ¿De veras?—profririó Lieschen, que empezaba á respirar.

—Lo he dicho á mis camaradas,—prosiguió el gendarme, que parecía dispuesto á hacer pasar á sus oyentes por todas las alternativas de esperanza y temor;—pero, entre mí, me he dicho: «¡Bah! ¡El señor pastor es tan bueno, que es capaz de haber olvidado su odio, y de dar hospitalidad hasta á su mayor enemigo!»

—Señor Schlick, registrad mi casa, y si halláis á nuestro hombre, prendedlo, yo os lo permito.

—¡Oh!—respondió Schlick, con los ojos fijos en el huésped del pastor.—Del momento que no está aquí el que busco, es inútil que lo busque en otra parte.

Y realizó lo que en términos de teatro se llama una salida falsa; pero el pastor no se dejó caer en el lazo.

—Señor Schlick,—dijo,—¿nos dejaréis sin beber antes con nosotros un vaso de vino del Rhin?

—¿Yo, señor pastor? Con mucho gusto,—dijo Schlick.—Esto me proporcionará ocasión para dedicar un brindis á mis antiguos compañeros los franceses.

—Ve, hija mía,—dijo el pastor á Lieschen,—y tráenos del mejor.

La joven se levantó tambaleándose, y tomó una vela para encenderla en el velón; pero el que, siendo objeto de aquella turbación, parecía el más tranquilo de todos, le tomó de la mano la bujía, la encendió y se la devolvió.

La joven se fué lanzando hacia atrás una intensa mirada de inquietud.